

Las virtudes de Maximiliano, en el imaginario conservador, el candidato natural al trono de México

Tomás Rivas Gómez
Presidencia del Decanato IPN

La intervención francesa de 1862 tenía como objetivo establecer una monarquía como forma de gobierno para México. Esta idea había sido planteada por algunos miembros del partido conservador, quienes veían en esta forma de gobierno el camino para la salvación y regeneración de la nación. Después de la experiencia del imperio de Agustín I, los monarquistas mexicanos no querían correr el mismo riesgo, por lo tanto buscaron en las cortes europeas, en alusión al Plan de Iguala como a la carta de 1840 de José María Gutiérrez de Estrada, a un monarca ya hecho y derecho que supiera gobernar y que quisiera comprometerse con la salvación del país. En el panorama surgieron básicamente tres candidatos, un español, un francés y por su puesto el archiduque austriaco. Qué fue lo que los monarquistas mexicanos vieron en Maximiliano de Habsburgo para convertirlo en el candidato natural al trono de México, qué virtudes encontraron en el príncipe austriaco, para elegirlo a él y no a los otros posibles candidatos.

En el presente trabajo hablaré de las virtudes o cualidades que los monarquistas mexicanos encontraron o creyeron ver en el príncipe austriaco; de la misma manera haré una revisión de la formación política y religiosa que tuvo Maximiliano para encontrar en ella esas virtudes y ver si en verdad eran las que los mexicanos que lo trajeron esperaban de él. No olvidemos que entre los principales monarquistas mexicanos había miembros prominentes del partido conservador, figuras destacadas de la alta jerarquía católica e incluso integrantes del partido liberal quienes a la llegada de los monarcas se unieron a

las filas del imperio. Qué fue lo que esperaban unos y otros del monarca y lo que vieron en él para brindarle su apoyo, el cual le retiraron poco a poco al ver que sus expectativas no se cumplieron y que el monarca era exactamente todo lo contrario a lo que esperaban, particularmente los conservadores.

La elección de Maximiliano, lo que vieron en él

Antes de que se decidiera la elección por Maximiliano, existieron por lo menos dos candidatos para ocupar el trono de México, pero estos fueron eliminados por diversas razones. El autor Conte Corti nos refiere que en una plática entre José Manuel Hidalgo Esnaurrizar y la emperatriz Eugenia de Montijo, aquél le habló con gran entusiasmo de la empresa mexicana y surgió el nombre de un candidato al trono, don Juan de Borbón, miembro de la casa reinante en España. La Emperatriz que se había entusiasmado con el proyecto, prometió comunicárselo al emperador para ver qué respuesta se podía obtener. Por su parte Hidalgo le comunicó inmediatamente el resultado de su conversación a Gutiérrez de Estrada, el cual se encontraba en Roma, quien se alegró de verdad al ver renacer de esta manera sus esperanzas.¹ Varios días después, Hidalgo sostuvo una conversación con Napoleón III, quien le decía que para la empresa mexicana “se necesita un ejército, millones... y además un príncipe”, a lo que Hidalgo replicó que se había pensado en don Juan. “El emperador no contestó al momento [...] repuso entonces ‘hemos pensado en el duque de Aumale, pero no quiere’. Esta respuesta provocó el asombro de Hidalgo”, porque no era esperada por él. Pues no creía que su propuesta hubiera

¹ Egon Caesar Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 58.

producido tal efecto como para que Napoleón se ocupara positivamente de ella. El duque, era hijo del rey Luis Felipe de Orleáns y de la reina María Amelia, por tanto Napoleón no pensaba dar el trono a un español, sino a un francés y por si fuera poco a un Orleáns.² Recordemos que ésta familia había sido obligada a dejar el trono francés tras la revolución de 1848, la cual había llevado también a Napoleón al poder. Por lo tanto los dos candidatos posibles habían quedado descartados, don Juan de Borbón por no tener el apoyo del emperador francés y el duque de Aumale, porque simplemente él no quería.

Ahora bien, existieron otras razones que de alguna manera dirigieron la vista hacia Maximiliano. Francisco de Paula de Arrangoiz señala que de acuerdo con José Manuel Hidalgo:

Elegir un príncipe de alguna de las naciones interventoras habría sido impolítico; esto salta a la vista. Lo más natural, lo más cuerdo, lo más acertado, era volver la vista atrás y recordar el plan de Iguala, proclamado por Iturbide, en que se llamaba al trono de México, entre otros a un Archiduque de la casa de Austria; y los pasos que otra vez había dado en Viena (sic) el Sr. Gutiérrez con el mismo objeto.³

Continúa señalando que el nombre de Maximiliano se presenta naturalmente en esta coyuntura, atento a que había adquirido cierta popularidad en Europa por sus ideas de progreso: “nos llevaba a creerlo el más a propósito para la regeneración de un país trastornado por cuarenta años de una sangrienta anarquía”. Aunadas a estas impresiones se encontraban otras como las de que el archiduque era un buen católico; punto importante para los conservadores mexicanos, particularmente para los miembros de la alta jerarquía católica. Líneas más adelante refiere que Napoleón no debía de presentar oposición a la

² *Ibidem*, p. 61.

³ Francisco de Paula y Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*, México, Editorial Porrúa, 1985, p. 457. Patricia Galeana, *Las relaciones Iglesia-Estado durante el segundo imperio*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, p. 41.

propuesta de candidato alguno, sobre todo hecho por los representantes mexicanos ya que, desde un principio, el emperador había señalado “que la Francia no había de ir a imponer a México ningún candidato (...). Así esta cuestión debía de ser exclusivamente mexicana”.⁴ Por tanto a los mexicanos les tocaba sondear al archiduque y proclamarlo y a Francia el mostrarse generosa en todo lo que pueda ayudar. Pero se trataba de “nunca llevar a México un plan político en la punta de sus bayonetas”. Esta es la forma en que surgió la candidatura de Maximiliano, y no como se ha pensado, que fue una imposición de Napoleón, por lo tanto la elección de Maximiliano fue exclusivamente mexicana.

Pero que fue, además de lo arriba señalado, lo que hizo que los monarquistas mexicanos voltearan la vista hacia Austria. Un punto, el cual considero sería primordial, es que Maximiliano era un buen católico, esto se ve reflejado en el dictamen dado a conocer por la Junta de Notables donde apuntan:

[M]odelos ambos esposos de piedad cristiana, educados desde la cuna en el catolicismo, la pureza de sus costumbres, su celo ardiente por la religión, y el constante ejercicio de la caridad evangélica, los constituyen tipos de aquellas relevantes virtudes, que no podrán menos que reflejarse en los pueblos que gobiernen.⁵

Maximiliano recibió formación religiosa durante su juventud, y era muy creyente, pero su visión de la religión y del ser buen católico contrastaba con la idea del clero mexicano, de lo cual hablaré más adelante. En páginas anteriores del mismo dictamen se señala algunas cualidades y rasgos físicos del archiduque los cuales “previene en su favor”; agrega: “una frente espaciosa y pura, indicio de una inteligencia superior; ojos azules y vivos en que brillan la

⁴ Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, 1985, pp. 457-458.

⁵ “Dictamen de la Forma de Gobierno”, en Rafael Tafolla Pérez, *La Junta de Notables de 1863*, México, Editorial JUS, 1977, p. 144 (México Heroico 117).

penetración, la bondad y la dulzura”.⁶ Incluso apuntan que la expresión de su semblante no se puede olvidar; hacen alusión a su alma la cual se refleja en su rostro y “lo que se lee es la lealtad, la nobleza, energía, una exquisita distinción y una singular benevolencia”. Se puede apreciar en esta descripción la admiración que tenían los monarquistas por Maximiliano. En el mismo texto destacan su disposición natural para las letras, las ciencias, las artes las cuales cultiva con ardor y lucimiento. Por otro lado enaltecen su “actividad y laboriosidad”, porque para él “el día comienza siempre a las cinco de la madrugada”; además dan importancia a su facilidad para el estudio de las lenguas, “Habla seis lenguas con gran facilidad y corrección”,⁷ lo cual hacía del archiduque todo un estuche de monerías, como diríamos hoy en día, digno de gobernar a esta nación.

Otro elemento que despertó el interés de los monarquistas mexicanos por el archiduque austriaco fue el de sus antepasados. Siendo un Habsburgo descendiente del emperador Carlos V, entre cuyos dominios había figurado la Nueva España, era visto por los monarquistas con un aura mágica.⁸ Esta situación hacía voltear la vista a lo planteado en el Plan de Iguala. En 1851, Maximiliano visitó España en donde conoció las insignias de los reyes católicos, sus gloriosos antepasados, de ahí surgió su gusto por lo hispano.⁹ Esta situación fue vista por los monarquistas y, por algunos liberales como un soberano idóneo para lograr restablecer en México el estado de derecho. Recordemos que después de la Guerra de Reforma, tanto para liberales como

⁶ *Ibidem*, p. 143

⁷ *Loc. cit.*

⁸ Konrad Ratz, *Tras las huellas de in desconocido. Nuevos datos y aspectos de Maximiliano de Habsburgo*, prólogo de Patricia Galeana, México, Conaculta, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Siglo XXI editores, 2008, p. 1.

⁹ Konrad Ratz, *Maximiliano de Habsburgo*, México, Planeta, 2002, pp. 36-39.

para conservadores era imperante la necesidad de establecer un gobierno fuerte el cual contribuyera a superar las pugnas internas y establecer la paz necesaria para lograr el desarrollo del país.¹⁰

Esto hizo que los miembros del partido conservador, tornados en monarquistas, y algunos prominentes integrantes del partido liberal vieran en él a quien podría garantizar “la tranquilidad y la estabilidad necesarias para construir, por fin, esas herramientas de gobierno por las que muchos suspiraban desde hacía décadas”.¹¹ Agrega la autora Erika Pani que quienes apoyaron al imperio creían que Maximiliano podría terminar con uno de los problemas centrales del Estado mexicano, que era su debilidad, porque los diversos gobiernos carecían de los instrumentos adecuados para fortalecer al Estado; además lograría poner fin a las discordias que se daban entre los diversos partidos. Esto aunado a que se pondría fin, también, a las pugnas entre los diversos niveles de gobierno, es decir, entre el gobierno nacional y los estatales y entre éste y los gobiernos locales; también entre los tres poderes se pondría término a las disputas, ya que el monarca concentraría los poderes ejecutivo y legislativo. A esto contribuiría la presencia de las tropas francesas, las cuales auxiliarían a liberar al gobierno de “los constantes estira y afloja entre la fuerza armada y autoridad civil”. Por lo tanto el imperio, apoyado por las tropas francesas, “sería entonces ese gobierno fuerte y enérgico que tanta falta hacía para poner la casa en orden”.¹²

Se podría considerar como otra de las virtudes que vieron los monarquistas en el archiduque austriaco fue su supuesto don de mando. No sólo llamó la

¹⁰ Erika Pani, “¿Ranas pidiendo rey? Un retrato de los imperialistas” en *Relatos e historias en México*, México, Editorial raíces, año 1, Número 8, abril de 2009, pp. 65-75.

¹¹ *Ibidem*, p. 70.

¹² *Ibidem*, pp. 71-73.

atención su noble cuna, sino el hecho de que tanto Maximiliano como Carlota habían sido educados para gobernar. Señala Konrad Ratz, que al menos su “educación los facultaría para gobernar en países europeos, donde los liberales en auge todavía no se oponían al régimen monárquico”.¹³ Por lo tanto a su llegada a México, Maximiliano gozaba de la fama de ser un Habsburgo, pero además estaba educado para mandar, el problema resultó que, para quienes lo trajeron, sus ideas resultaron contrarias a las de ellos. Sin embargo, contaba con tres elementos o lo que llamo virtudes para gobernar, un abolengo ancestral ligado a México, la educación conveniente para ejercer el mando, pero sobre todo, ser un monarca católico.

Los pasos para la invitación. El contacto con los monarquistas mexicanos

Lo anterior debe de ser considerado a la luz de las visitas que varios miembros de la Junta de Notables le hicieron al emperador durante el tiempo de la consulta y propuesta, no oficial, para la aceptación del trono mexicano. Konrad Ratz señala que varios de estos distinguidos personajes lo visitaron [a Maximiliano] en Trieste, donde se desempeñaba con éxito como vicealmirante y renovador de la flota austriaca; así como en su castillo de Miramar en donde “conocieron el brillo de su residencia, la inteligencia y belleza de su esposa Carlota, su amplio dominio de idiomas extranjeros y su exquisitos gustos y maneras”. Lo cual le hizo ver, o mejor dicho les hizo creer que era la figura

¹³ Konrad Ratz, *op. cit.*, 2008, p. 2.

correcta para lograr la reconciliación de los ánimos tan exaltados en el país, ya que él estaría por encima de todos estos intereses.¹⁴

Recordemos que las negociaciones entre los monarquistas y el archiduque Maximiliano se iniciaron desde 1861, antes incluso de la preparación para la intervención tripartita. Apunta de Arrangoiz que Hidalgo consideró, con referencia a la carta de 1840 y a la amistad que lo unía a él, que la persona más indicada para hacer los contactos era Gutiérrez de Estrada “que hacía veinte años había propuesto la monarquía y sufrió por ella y le propusimos fuese a Miramar”. De inmediato se puso en contacto para darle las instrucciones y se pudiera trasladar a Viena para iniciar los acercamientos con Maximiliano. Gutiérrez respondió el diecisiete de septiembre “que estaba pronto a ir a Viena y Miramar”. Se le indicó que la propuesta la debería de hacer a nombre de los mexicanos “pues la Francia era extraña a esta candidatura, y no reconocía más elección que la que resultara del voto del pueblo mexicano”.¹⁵ Cuando Gutiérrez Estrada se iba a poner en camino hacia Viena, le fue negado el pasaporte por diversas razones. Una, para no hacer pensar que la propuesta venía del gobierno francés. La otra razón fue porque el encargado de otorgar dicho documento, el Sr. Thouvenel, consideraba como mejor negociador al general Almonte que al propio Gutiérrez. Ante esta negativa, se vio obligado a hacer llegar la propuesta a Maximiliano a través del Sr. Mullinen, encargado interinamente de la embajada de Austria en París. Éste personaje lo puso en el conocimiento del Conde Rechberg, Ministro de Negocios Extranjeros, quien fue a Miramar a informar a Maximiliano de lo que se trataba. El Archiduque se apresuró a aceptar las proposiciones con unas condiciones. Estas eran que

¹⁴ *Ibidem*, p. 1.

¹⁵ Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, 1985, p. 458.

debería ser llamado por el voto de la mayoría de los mexicanos y que además, la propuesta debía ser aprobada por su hermano y su suegro.¹⁶

El emperador Francisco José no puso reparo alguno. Por el contrario, apoyaba esa propuesta. Debido a que de esta manera podía alejar a Maximiliano de Austria; recordemos las pugnas y diferencias existentes entre los dos hermanos. Por su parte, El Rey Leopoldo I de Bélgica, suegro de Maximiliano, había tenido conocimiento de una propuesta hecha al archiduque por parte de unos mexicanos. Esto nos lo refiere Conte Corti al decir que:

Maximiliano contó al rey, accidentalmente en una comida, que hacía unos años unos mexicanos le habían dirigido la pregunta de si estaría dispuesto a aceptar la corona de su país, pues estaba planeado el establecimiento de la monarquía en México como única salvación para aquel país. El rey Leopoldo respondió sonriente: *Cela serait une belle position* [Esa sería una buena posición]. Fernando Max no olvidó nunca estas palabras.¹⁷

Ante este panorama, el rey Leopoldo apoyó a Maximiliano, ya que deseaba una mejor posición para su yerno y ésta podría ser la oportunidad esperada.

Señala Konrad Ratz que Maximiliano obtuvo noticias, no oficiales, de que se le ofrecería el trono mexicano, ya que “éstas llegaron a través de su camarera mayor la condesa de Lützow, la suegra italiana del viejo mexicano José Gutiérrez de Estrada”. Al principio el archiduque se extrañó de este ofrecimiento, cuya aceptación “a primera instancia le parecía arriesgada”.¹⁸ Como se puede ver, para octubre de 1861, ya se tenía la aceptación del candidato a ocupar el trono mexicano. Una vez que Maximiliano había aceptado, sólo restaba la acción militar, la cual fue planeada por Napoleón y los monarquistas para abrir el camino al nuevo monarca, esta se realizaría

¹⁶ Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, 1985, pp. 458-459. Cf., Konrad Ratz, *op. cit.*, 2002, p. 63. En este texto se hace referencia al papel del Conde Rechberg como el portador de la propuesta a Maximiliano.

¹⁷ Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, 1997, p. 57. La traducción es mía.

¹⁸ Konrad Ratz, *op. cit.*, 2002, pp. 61-62.

teniendo como pretexto la suspensión de pagos anunciada por el gobierno de Juárez. Restando solo el ofrecimiento y la aceptación oficial, las cuales se verificaría tres años después en abril de 1864.

Algunos datos interesantes, sobre las negociaciones con Maximiliano, las encontré en la correspondencia entre los principales imperialistas, compilada por Genaro García. En una carta del 31 de octubre de 1861, escrita en París tenemos noticias sobre Maximiliano, sólo que de forma confidencial, ya que no se le menciona sino con un seudónimo: Núñez, en la carta, que por cierto no tiene destinatario, dice:

A pocas horas de haberse [sic] partido usted de aquí se presentó el apoderado de Núñez venido expresamente para enterarse de todos los pormenores relativos al pleito pendiente, y hace apenas un rato que me despedí de él, pues se vuelve a toda prisa a Dalmacia. Este paso dado por Núñez y la naturaleza de los pormenores que pedía. Así como los buenos sentimientos y la benévola disposición que a nombre suyo me manifestó su apoderado, prueba de un modo evidente así su aptitud y sus luces como mucho celo por nuestros intereses.¹⁹

En otra carta, de Luis, seudónimo de Gutiérrez de Estrada, dirigida al Sr. Don. J. Álvarez, seudónimo del padre Francisco Javier Miranda, le dice en una línea que “La semana pasada fui a ver al suegro de Núñez que está en la mejor disposición”.²⁰ Como se puede ver, el apoyo de parte del rey Leopoldo I fue importante y los intervencionistas lo tuvieron que visitar para solicitar su respaldo a la propuesta hecha a Maximiliano. Otra misiva es de nuevo de Luis (G. E.) al padre Miranda, en la cual le refiere: “Le acompaño de una pequeña biografía de Núñez (Maximiliano), que más adelante podrá ampliarse con los datos que se vayan reuniendo, y le mandaré después el retrato que me pide y

¹⁹ Carta de Gutiérrez de Estrada, no hay destinatario, París 31 de octubre de 1861, en Genaro García, *Correspondencia Secreta de los Principales Intervencionistas Mexicanos*, Editorial Porrúa, 1972, p. 35.

²⁰ Carta de Luis [Gutiérrez de Estrada] a Sr. Don. J. Álvarez [Padre Miranda], París, 15 de noviembre de 1861, en Genaro García, *op. cit.*, 1972, p. 45.

que he solicitado ya me envíen de Bolivia (Miramar)".²¹ Aquí se puede ver como aún en noviembre se manejaba de forma discreta el asunto de Maximiliano y se seguía usando el seudónimo de Núñez. A continuación transcribo en su totalidad la carta dirigida a Gutiérrez de Estrada por Maximiliano. La incluyo completa, por ser la primera que encuentro del archiduque a uno de los monarquistas. En ella se puede ver las peticiones hechas por él a los promotores de la empresa monárquica, además de agradecerle la propuesta:

Sr. J. M. Gutiérrez de Estrada

He recibido la carta firmada por usted y por muchos de sus compatriotas, que usted me ha dirigido con fecha de 30 de octubre último. Me apresuro a manifestar a usted y le ruego trasmita a estos señores, todos mis agradecimientos por los sentimientos que expresan hacia mí en su carta.

La suerte del hermoso país de usted me ha interesado siempre vivamente sin duda, y si en efecto, como parece que usted lo supone, estos pueblos aspiran a ver fundar en su seno un orden de cosas, que por su carácter estable pudiese darles la paz interior y garantizar su independencia política, y me creen capaz de contribuir a asegurarles estas ventajas, yo estaría dispuesto a tomar en consideración los votos que me dirigieran con tal fin. Pero para que pueda pensar en asumir una tarea rodeada de tantas dificultades, sería preciso ante todo que estuviera bien cierto del asentimiento y del concurso de la nación. No podría, pues, contarse con mi cooperación para la obra de transformación gubernamental de que depende, según la convicción de usted, la salvación de México, a menos que una manifestación nacional venga a comprobar de una manera indudable el deseo del país de colocarme en el trono. Sólo entonces mi conciencia me permitirá unir mis destinos a los de la patria de usted, porque sólo entonces mi poder se establecería desde un principio sobre esta confianza mutua entre el Gobierno y los gobernados, que es a mis ojos la base más sólida de los imperios, después de la bendición del Cielo.

Por lo demás, que yo sea llamado o no a ejercer la autoridad suprema en la noble patria de usted, no dejaré de conservar un recuerdo muy agradable de las gestiones hechas acerca de mí por usted y los otros signatarios de la carta susodicha.

Reciba usted, señor la seguridad de los sentimientos de estimación de su afectísimo.

Fernando Maximiliano.

Castillo de Miramar. 8 de diciembre de 1861.²²

En su libro Arrangoiz nos indica que ya para diciembre de 1861, Gutiérrez de Estrada pudo ir a Viena y a Miramar. Ahí encontró a los archiduques "enteramente decididos a ir a México", muy dedicados a la historia y al estudio

²¹ Carta de Luis [Gutiérrez de Estrada] al Sr. Dr. Don. Francisco Javier Miranda, París, 29 de noviembre de 1861, en Genaro García, *op. cit.*, 1972, p. 56.

²² Carta de Maximiliano a Gutiérrez de Estrada, Castillo de Miramar a 8 de diciembre de 1861, en Genaro García, *op. cit.*, 1972, p. 68-69.

del español.²³ Líneas más adelante, refiere Arrangoiz, que en enero de 1862 “fue a Miramar por la primera vez el general Almonte, a conocer a los Archiduques y despedirse de SS. AA., para ir a México”. Maximiliano, considerándose emperador, le otorgó facultades a Almonte para conceder grados en el ejército, incluso hasta para dar títulos.²⁴

Recordemos que a la llegada de las tropas francesas a la Ciudad de México, en junio de 1863, de inmediato se formó la Asamblea de Notables, la cual representaba la voluntad de la nación según los intereses de los monarquistas. Esta Asamblea promulgó la monarquía como forma de gobierno.²⁵ De esta manera, se nombró una comisión por parte de la Asamblea de Notables la cual dio a conocer la resolución del día 11 de julio de 1863 en donde se adoptaba la modalidad de una monarquía moderada, hereditaria, con un príncipe católico; la corona fue ofrecida al príncipe Fernando Maximiliano, Archiduque de Austria. Entre los que conformaron ésta misión estuvieron los señores José María Gutiérrez de Estrada, Joaquín Velásquez de León, Ignacio Aguilar, Francisco Javier Miranda, José Manuel Hidalgo, Adrián Woll, Antonio Suárez, Antonio Escandón, José María de Landa y Ángel Iglesias y Domínguez.²⁶ La respuesta de aceptación se dio en la fecha de 10 de abril de 1864, en donde formalmente se inició el Segundo Imperio Mexicano.²⁷

La relación establecida entre Maximiliano y los conservadores mexicanos, o mejor dicho los monarquistas, fue de respeto y de admiración de los segundos por el emperador. La mayoría veía con buenos ojos al archiduque y esperaban

²³ Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, 1985, p. 485.

²⁴ *Ibidem*, p. 486.

²⁵ Rafael Tafolla Pérez, *op. cit.*, 1977, pp. 23-35.

²⁶ *Ibidem*, pp. 32-35.

²⁷ Los discursos, de ofrecimiento de la corona, pronunciado por José María Gutiérrez de Estrada. Y el de aceptación por parte de Maximiliano, leídos el 10 de abril de 1864 en Miramar, se pueden consultar en Rafael Tafolla Pérez, *op. cit.*, 1977, pp. 169-173, 175-176.

mucho de él. Como ya se señaló, eran varias las virtudes que veían en el archiduque, Maximiliano era un hombre educado para gobernar, ya lo había demostrado en su estancia en la provincia italiana de Lombardo-Veneto, aunque para algunos le faltaba carácter para enfrentar la empresa mexicana. Ahora bien la imagen que del archiduque se hicieron los monarquistas mexicanos tenía su origen en la preparación del mismo Maximiliano, que, como ya dijimos fue educado para gobernar, por lo tanto tenían buenas bases para considerarlo apto para el nuevo reto.

Origen y formación política

Maximiliano nació el 6 de julio de 1832, su padre, el archiduque Francisco Carlos, hermano del emperador reinante, Fernando I, “era un excelente padre de familia, pero en todo lo demás era un hombre común y corriente que usaba un lenguaje grosero”.²⁸ Por su parte, la madre de Maximiliano, la archiduquesa Sofía, “de la casa de Wittelsbach, que reinaba en Baviera”, era una mujer enérgica, pero a pesar de esto, poseía una gran sensibilidad para las artes. Señala Konrad Ratz que a través de ella Maximiliano “había heredado tanto los talentos artísticos como literarios y la afición por las artes”. Este mismo autor refiere que Maximiliano superó con mucho a su hermano mayor, Francisco José, “en todas las ramas de la vida espiritual y, aun en la vida social, el carácter de Maximiliano contrastaba con el de Francisco José que era reservado, disciplinado y seco”.²⁹ En su infancia existió una buena relación entre los dos hermanos, pero algunos autores hablan de la desconfianza y

²⁸ Konrad Ratz, *op. cit.*, 2002, p. 23.

²⁹ *Ibidem*, p. 24.

rivalidad surgida entre ellos, particularmente de Francisco hacia Maximiliano. Por ejemplo, José C. Valadés hace esta referencia: “[Francisco José] vivía más alejado de su hermano Maximiliano, a quien consideraba peligroso rival, pues la popularidad de éste en los medios vieneses iba en aumento y con esto, en detrimento la personalidad del emperador, tan celoso de su autoridad”.³⁰ Esta desconfianza que sentía Francisco José respecto a su hermano menor lo orilló a tomar varias decisiones para alejarlo de Viena, tal fue el caso de su nombramiento dentro de la marina austriaca, y otros cargos a los que Maximiliano acudió con prestancia por tratarse de las indicaciones del emperador más que las de su hermano.³¹

Otro punto importante en la vida de Maximiliano era el de la educación recibida por el archiduque lo cual nos puede aportar diversos elementos para conocer mejor su forma de pensar. Konrad Ratz señala que, desde el reinado de su tío Fernando I, los hermanos Habsburgo recibieron una excelente educación. Francisco José sería el futuro emperador y, en caso de fallecer éste, Maximiliano ocuparía dicho cargo. Por este motivo la educación recibida estaba encaminada a formar gobernantes. La que estuvo al pendiente de la misma fue la archiduquesa Sofía y la formación estuvo bajo el cuidado del conde Enrique Bombelles.³² El programa comprendía desde el conocimiento y manejo de lenguas, “Maximiliano hablaba alemán, inglés, francés, húngaro, italiano y más tarde español”; también incluía materias como derecho constitucional, historia, economía, geografía y ciencias naturales. Al estar

³⁰ José C. Valadés, *Maximiliano y Carlota en México, “historia del Segundo Imperio”*, México, Diana, 1976, p. 94.

³¹ Véase por ejemplo Konrad Ratz, Konrad Ratz, *op. cit.*, 2002, pp. 24-26; Brigitte Hamann, *Con Maximiliano en México. El diario del príncipe Carl Kevenhüller 1864-1867*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, pp. 33-37 y José C. Valadés, *op. cit.*, 1976, pp. 94-96.

³² Cf., Konrad Ratz, *op. cit.*, 2002, pp. 24-25.

destinados a gobernar, y al ser el emperador el jefe máximo del ejército, se les instruyó en la ciencia militar. Esta formación estaba aparejada a un duro entrenamiento físico, además de prácticas de equitación. “Los hermanos recibieron lecciones de política por el entonces anciano canciller y príncipe, Clemens von Metternich”.³³ Maximiliano era como una esponja ante estos temas y materias, pero sentía cierta nostalgia por las bellas artes. Por otra parte, le gustaba el ejercicio al aire libre. Se convirtió en un gran jinete, le gustaba realizar largas caminatas y era un gran admirador de la naturaleza. “Lo que le quedó de esta educación fue, por un lado, el gusto por estudiar, en especial los idiomas, la historia y la literatura, (...). Por el otro lado, era consciente de que le habían educado para mandar”.³⁴

Por su parte Conte Corti, al hablar de la educación recibida por Maximiliano, refiere que la religión no estuvo olvidada, “Pero el conde Bombelles cuidaba de que no se le imbuyese a los niños una devoción beata y santurrón, extraña a la esencia del cristianismo, que nada tiene que ver con la verdadera fe”.³⁵ Por este motivo les prohibió el uso de rosarios, pues consideraba que tales usos originaban con facilidad el fetichismo y la superstición y “llevan al rezo sin alma y sin conciencia”.³⁶

Según Konrad Ratz, Maximiliano tenía fascinación por la soledad, ésta le proporcionaba un lugar y un medio para la reflexión, a la vez que le permitía evadirse de la realidad. Ratz refiere este punto como importante y para entender el por qué del gusto por el mar que impulsó a Maximiliano a colaborar con la marina del imperio austriaco. Ahí encontró momentos de soledad, y fue

³³ Konrad Ratz, *op. cit.*, 2002, p. 25.

³⁴ *Ibidem*, p. 26.

³⁵ Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, 1997, p. 35.

³⁶ *Ibidem*, p. 35.

el lugar al cual su hermano, el emperador, lo había confinado para de alguna manera alejarlo de Viena. Su estancia en la marina le permitió realizar varias reformas al grado de colocar a la armada austriaca dentro de las mejores del mundo. A lo largo de su estadía en la flota imperial, el archiduque realizó varios viajes que le permitieron conocer diversos países del mundo. Maximiliano dio impulso importante a la modernización y ampliación de la flota: “introdujo la propulsión a vapor y el blindaje”. Años más adelante esta flota ya modernizada y al mando del vicealmirante Tegetthoff, amigo de Maximiliano, ganó la batalla de Lissa contra Italia.³⁷ Esta fascinación por la mar, le permitió conocer varios lugares, algunos distantes, lo cual despertó también el amor por lo exótico, que estuvo muy presente en Maximiliano cuando llegó a México en donde conoció varios sitios interesantes, los cuales describió a lo largo de su correspondencia, en particular con Carlota.

Dentro de estos viajes, el año de 1856 marcó un momento particular en la vida del archiduque. Como parte de una misión diplomática del emperador Francisco José, Maximiliano llegó en mayo de ese año a París en donde conoció al emperador Napoleón III. De acuerdo con Brigitte Hamann, tanto Napoleón III y su esposa la emperatriz Eugenia de Montijo se llevaron una buena impresión de él. Maximiliano mostró también una cierta admiración por el emperador francés por ser un soberano “moderno” y “adaptado a la época de Francia”, quien había llegado al trono a través de un plebiscito y no por derecho hereditario.³⁸ Idea contraria es la presentada por José C. Valadés ya que, según este autor, la impresión que se llevó Maximiliano de Napoleón III era la de un monarca inculto, sin expresión de nobleza, de mirar incierto que “le

³⁷ Konrad Ratz, *op. cit.*, 2002, p. 38.

³⁸ Brigitte Hamann, *op. cit.*, 1994, p. 35.

hicieron parecer un director de circo y no un emperador”, lo cual le dio la impresión de que el monarca francés era “respetado por muchos, pero querido de nadie”.³⁹ Por su parte Conte Corti, da otra visión de este encuentro, la primera impresión producida por Napoleón en Maximiliano, en efecto no fue la mejor, o la más favorable, pero al paso de los días ésta mejoró. La estancia del archiduque en París duró doce días en los cuales las relaciones entre los dos príncipes se fueron estrechando más.⁴⁰

La manera de ser amable, abierta y cordial del archiduque, se le hizo realmente simpática a Napoleón III y poco a poco abandonó la reserva que llamará la atención de Fernando Max y atribuida por él por entero a la turbación, y correspondió por su parte con su carácter afable y atrayente. El sensible archiduque reaccionó inmediatamente ante este cambio. El último informe, fechado en Bruselas, dirigido al emperador de Austria refleja ya esta naciente y mutua simpatía.⁴¹

Considero que estas tres apreciaciones, del inicio de la amistad entre los dos personajes, pueden converger en una imagen verídica. La no participación del imperio Austro-Húngaro en la guerra de Crimea (1853-1856), por ejemplo, hizo que el inicio de la correlación entre Maximiliano y Napoleón III no fuera de lo más agradable. Pero conforme ambos se fueron conociendo, ésta se fue estrechando, de ahí que sea claro entender la aceptación de Napoleón III para que fuera Maximiliano quien encabezara el proyecto monárquico para México. Entre los dos existió una mutua admiración por las ideas políticas que compartían, eran liberales y esta forma de pensar se trataría de aplicar en el nuevo imperio de éste lado del Atlántico. Aunque he de aclarar que el tema de México no estuvo presente en las conversaciones sostenidas entre los dos,

³⁹ José C. Valadés, *op. cit.*, 1976, p. 95.

⁴⁰ Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, 1997, pp. 39-45.

⁴¹ *Ibidem*, p. 45.

pues “en la corte de París no interesaba entonces la situación de este lejano país”.⁴²

Otro acontecimiento marcó ese año (1856) para Maximiliano. Después de visitar Francia, se encaminó, como parte de su misión diplomática, a Bélgica para visitar al decano de los monarcas europeos, al Rey Leopoldo I. En este viaje, el archiduque escuchó interesantes discursos políticos por parte del rey de los belgas y supo que éste tenía una hija de la cual Leopoldo decía que “sería una de las más hermosas princesas en Europa” y llevaba por nombre Carlota.⁴³ Por su parte, Conte Corti, refiere que la visita de Maximiliano a Bélgica era una pleitesía por parte del hermano del emperador de Austria, y que tenía otro fin, “por ahora secreto: el del noviazgo del joven príncipe”.⁴⁴ Recordemos que para las cortes europeas era muy importante la relación entre ellas mismas y los vínculos que se pudieran establecer a través de los enlaces matrimoniales entre sus descendientes. En el caso de Maximiliano no fue la excepción, tenía que casarse con una princesa que pudiera garantizar beneficios para la casa de los Habsburgo.

El josefinismo en la vida de Maximiliano

Considero que un aspecto importante para entender la idea de buen católico que los conservadores vieron en Maximiliano, es la entender la formación religiosa del archiduque. De ahí la importancia de hablar del josefinismo como

⁴² *Ibidem*, p. 48.

⁴³ José C. Valadés, *op. cit.*, 1976, p. 96.

⁴⁴ Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, 1997, p. 49.

la base ideológica sobre la cual el emperador se formó y buscó apoyo para conducir el trato entre la Iglesia Católica Mexicana y el Segundo Imperio.

La expresión josefinismo pone el acento sobre el nombre del emperador José II, es decir sobre un hombre, un lugar, una época.⁴⁵ El josefinismo es una corriente derivada del galicanismo.⁴⁶ Según refiere Agustín Churruca Peláez, que basándose “en la teorías galicanas y conciliaristas, el obispo de Tréveris, Juan Nicolás de Hontheim -que usaba el seudónimo de Febronio- llevó hasta el imperio [Austro – Húngaro] las tesis de la supremacía estatal sobre la Iglesia”.⁴⁷ Los estados de los Habsburgo eran territorialmente discontinuos esto, particularmente hacia el siglo XVIII, “La voluntad de los soberanos: Carlos VI, María Teresa, José II, era acercar entre sí a sus pueblos y súbditos. Diferentes en cuanto a lengua y economía tenían, en su mayoría, sin embargo, la misma religión: el catolicismo”.⁴⁸ Los Habsburgo, para consolidar su autoridad, a lo largo del siglo XVIII, buscaron dictar y aplicar una legislación en común para todos sus estados, “buscando que desde el punto de vista religioso y eclesiástico, pudieran conciliarse los poderes del soberano y de los obispos, dejando en segundo plano las prerrogativas del soberano pontífice, [es decir, del Papa]”.⁴⁹ El movimiento reformador del imperio austriaco fue ganando

⁴⁵ Cf., Preclin, E., E., Jorry, “Luchas doctrinales”, en Agustín Fliche y Víctor Martín, *Historia de la Iglesia. De los orígenes a nuestros días*, volumen XXII, s/a., p. 514.

⁴⁶ El galicanismo es un movimiento reformador de la Iglesia católica que surge en Francia a partir del siglo XV, encaminado a poner un límite a la autoridad papal sobre la iglesia gala, es decir, sobre el clero francés, dando mayor peso a la autoridad de los obispos locales y a su relación o sujeción con el Estado. Se apoya en un documento proclamado por el rey Carlos VII conocido como la *Pragmática Sanción* publicado en París el 3 de julio de 1439. La *Pragmática*, por decirlo de alguna manera, fue el documento que dio sustento a los demás movimiento que se dieron a lo largo de los siglos XV al XVIII y que fueron suprimidos paulatinamente hasta 1870 con el Concilio Ecuménico del Vaticano I. Para tener una visión más amplia sobre el galicanismo se recomienda el texto de Tomás Rivas Gómez, *El galicanismo, una aproximación*, trabajo inédito, 2005, pp. 1- 20.

⁴⁷ Agustín Churruca Peláez, S. J., *Historia mínima de la Iglesia*, México, editorial Buena Prensa, s/a, p. 107.

⁴⁸ Preclin, E., E., Jorry, *op. cit.*, s/a., p. 514.

⁴⁹ *Loc cit.*

terreno durante el gobierno de María Teresa. Durante su reinado se redujeron los privilegios del clero, así como el retiro de los fueros eclesiásticos y la reducción de la intervención de la Curia Romana; de la misma manera dictó medidas para la desamortización de los bienes del clero en 1771.⁵⁰ Al ascender al trono José II, estas medidas se reforzaron y tomaron una nueva ruta, al grado de darle su nombre al movimiento.

José II elaboró personalmente los argumentos que haría valer a favor de las iglesias de sus estados en contra del papa y de los obispos austriacos. “De 1765 a 1780, dictó medidas preparatorias: prohibición de los votos antes de los 24 años (17 de octubre de 1770), supervisión de los bienes de manos muertas”.⁵¹ Buscó reducir la acción del Papa al dominio estrictamente dogmático y moral, además, comprendió que le correspondía a él fijar los límites de este dominio. Con esta misma libertad alteró las circunscripciones metropolitanas y diocesanas fundando, sin el permiso de la Santa Sede, los obispados de Linz y San Polten. La nueva delimitación recibió la aprobación pontificia en diciembre de 1783, durante el viaje de José II a Roma (1783-1784).

La reacción de la Iglesia no se hizo esperar. El Papa Pío VI, buscó negociar con el monarca austriaco, pero con magros resultados. En su visita a Viena en 1782, fue recibido con grandes manifestaciones; sin embargo, el emperador se negó a entablar una negociación seria y no le hizo ninguna concesión al Papa. En otro aspecto, para conseguir sus metas, José II dio mucho impulso a la educación, la meta era formar buenos cristianos y buenos ciudadanos. De la

⁵⁰ L. J. Rogier, G. Sauvigny y Joseph Hajjar, *Nueva Historia de la Iglesia, de la ilustración a la restauración*, tomo IV, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1984, p. 147

⁵¹ Preclin, E., E., Jorry, *op. cit.*, s/a., p. 517.

misma manera se buscó reformar los seminarios, sustituyéndolos por seminarios generales, los cuales proporcionaron al clero en formación un espíritu, o mentalidad diferente; dirigido hacia la subordinación de la Iglesia al Estado. De esta manera se propagó el espíritu josefinista a lo largo del siglo XIX. El emperador Francisco II, orientado por el canciller Metternich, fue atenuando progresivamente la tutela ejercida por la autoridad civil sobre la Iglesia y el clero.⁵² Esta doctrina desaparecerá formalmente al concluirse un concordato con el Vaticano en 1856,⁵³ pero su influjo perdurará hasta varios años más, aunque de forma más o menos velada.

Muchas de las ideas arriba señaladas, se ven reflejadas en algunas de las acciones tomadas por el emperador en su estancia en México. Para comenzar, se tendría que señalar lo que la religión significaba para Maximiliano. En su juventud, no se conocieron conflictos con la Iglesia católica, en Austria, como después se dieron en México. Konrad Ratz, marca para esa época que lo religioso no era dominante en su pensamiento; para él, como para tantos contemporáneos del siglo XIX, la religión era, si se practicaba, un ritual obligado. En ese sentido, Maximiliano escribió en su diario el 17 de junio de 1860 lo siguiente:

La religión como deber moral es necesaria y consoladora, porque sólo ella mantiene el equilibrio de una persona; en cambio, la religión practicada como pasión es un furor como cualquier otro, y normalmente degenera en fanatismo y tortura a sus víctimas, y muchas veces se transforma en el extremo contrario.⁵⁴

Konrad Ratz nos dice sobre Maximiliano que estas ideas las guardó para sí el archiduque de manera prudente, “no habló de ellas cuando en agosto de 1863, Pelagio Labastida y Dávalos, junto con otros preladados mexicanos, visitó

⁵² L. J. Rogier, G. Sauvigny y Joseph Hajjar, *op. cit.*, 1984, p. 148.

⁵³ Konrad Ratz, *op. cit.*, 2002, p. 28.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 27.

Austria para conocer al futuro candidato al trono de México”. Los obispos mexicanos quedaron impresionados de forma favorable debido al ambiente clerical que reinaba en Austria después de la fracasada revolución de 1848, “donde prevalecía una política oficial que se alejaba de los principios de la ilustración y del josefinismo”.⁵⁵ Considero, por lo referido anteriormente que los obispos mexicanos, pensaron que Maximiliano era una persona religiosa que compartía sus ideas y el cual les podría ayudar a recuperar los bienes perdidos y a restablecer el dominio de la jerarquía referente a la sociedad, pero sobre todo frente al Estado. Sin embargo, su religiosidad no caía en el fanatismo y, como estadista, apoyado en su formación, consideraba que la Iglesia debería desempeñar un papel importante en la sociedad. Esta misión debería de estar inspirada por el evangelio y encaminada a la construcción de la moral social y del impulso a las obras de caridad, así como la de aportar consuelo a los individuos, es decir, se tenía que encargar de las cuestiones espirituales de las personas y no de lo material, incluidos aquí los asuntos políticos.

A su llegada a México, los monarcas se dieron cuenta de la situación del clero. De los clérigos de alta jerarquía ya tenían algunas referencias al haber tratado a varios obispos en el palacio de Miramar. La imagen que tenían del clero mexicano no era la mejor. Según Carlota, “los sacerdotes no enseñaban ni el catecismo en las escuelas”.⁵⁶ Pienso que las ideas del josefinismo se hicieron presentes desde este momento. “El deseo de Maximiliano era subordinar la iglesia al poder civil: Quería un concordato con Roma, [...] para robustecer la fuerza de su autoridad política”.⁵⁷ Señala Patricia Galeana que

⁵⁵ *Ibidem*, p. 28.

⁵⁶ Patricia Galeana, *op. cit.*, 1991, p. 101.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 99.

los emperadores de Francia ya habían advertido a los monarcas de los defectos del clero mexicano, los cuales no les permitían cumplir con su ministerio mientras los distraía en otras cuestiones como la política. Todo lo anterior llevó a los emperadores mexicanos a concebir, desde el primer momento de su gobierno, la necesidad de reformar al clero, encaminando su política eclesiástica hacia ese objetivo. Consideraban que el clero se encontraba inmiscuido en cuestiones ajenas a su ministerio y querían limitarlo al lugar que le correspondía.⁵⁸ Me parece que en esta parte se pueden ver algunas ideas del josefinismo, particularmente la de que el clero se debería ocuparse de las actividades propias a su ministerio y también el deseo de sujetar a la Iglesia por parte del Estado para que la institución estatal desarrollara de mejor manera su misión.

Sin embargo, el mejor ejemplo de la implementación de la política josefinista efectuada por Maximiliano en México sería la propuesta de concordato presentada al nuncio papal, monseñor Meglia, lo presento a continuación:

- I. El Gobierno Mejicano tolera todos los cultos que no estén prohibidos por las leyes; pero protege el católico, apostólico, romano, como religión de Estado.
- II. El tesoro público proveerá a los gastos del culto católico y del sostenimiento de sus miembros en la misma forma, proporción y preferencia con que se cubra la lista civil del Estado.
- III. Los ministros del culto católico administrarán los sacramentos y ejercerán su ministerio gratuitamente y sin que ellos tengan derecho a cobrar, ni los fieles obligación de pagar estipendio, emolumento o cosa alguna, a título de derechos parroquiales, dispensas, diezmos, primicias o cualquier otro.
- IV. La Iglesia cede y traspasa al gobierno mejicano todos lo derechos con que se considera, respecto de los bienes eclesiásticos que se declararon nacionales durante la República.
- V. El Emperador Maximiliano y sus sucesores en el trono ejercerán *in perpetuam* en la Iglesia mejicana los mismos derechos que los Reyes de España ejercieron en la Iglesia de América.
- VI. El Santo Padre, de acuerdo con el Emperador, determinará cuáles de las órdenes de religiosas, extinguidas durante la República, deben ser restablecidas y en qué forma y términos. Las comunidades de religiosas que de hecho existen hoy,

⁵⁸ *Ibidem*, p. 101.

- continuarán, pero con los noviciados cerrados hasta que el Santo Padre, de acuerdo con el Emperador, determine la forma y términos en que deben continuar.
- VII. Fueros
 - VIII. En los lugares en que el Emperador lo juzgue conveniente, encomendará el registro civil de nacimientos, matrimonios y fallecimientos, a los párrocos católicos, quienes deberán desempeñar este cargo como funcionarios del orden civil.
 - IX. Secularización de cementerios.⁵⁹

En el proyecto de concordato encontramos varios puntos importantes dentro del pensamiento Josefinista, de la misma manera a lo largo de los años de 1865 y 1866 el emperador desarrolló una política considerada por la Iglesia como contraria a sus intereses.⁶⁰ Sin embargo estas ideas eran parte de la época que les tocó vivir a los emperadores.

Consideraciones finales

Podemos considerar que Maximiliano de Habsburgo tenía muchas virtudes para ser un buen gobernante. Sin embargo, la situación de la formación y caída del imperio mexicano no le permitió poner en práctica todo lo que hubiera deseado para lograr sus metas. Por un lado, la salida de las tropas francesas dejó al descubierto la frágil estructura militar en la cual se sostenía el imperio. Los conflictos con el clero y los miembros del partido conservador, por no aplicar una política como hubieran deseado, fue debilitando el apoyo de este grupo quienes, además lo había traído. Para los pocos liberales adheridos al

⁵⁹ Secretaría de Relaciones Exteriores, Archivo Histórico y Diplomático "Genaro Estrada", LE-82; Patricia Galeana, *op. cit.*, 1991, pp. 112-113. En el libro de Patricia Galeana aparece la versión del concordato igual a la del documento del archivo de Relaciones Exteriores, éste firmado por el subsecretario de Justicia Francisco de P. Tabera. Una versión con pocas variantes distintas del texto y también firmado por el mismo personaje, puede ser consultado en: Francisco de Paula y Arrangoiz, *op. cit.*, 1985, pp. 599-600 y Jesús García Gutiérrez, *La iglesia mejicana en el Segundo Imperio*, México, Editorial Campeador, distribuido por editorial JUS, 1955, pp. 56-57. (Figuras y episodios de la historia de México).

⁶⁰ Tomás Rivas Gómez, "La política eclesiástica en el Segundo Imperio", en *Boletín del Archivo General de la Nación*, 6° época, número 20, abril – junio de 2008, pp. 114-139.

imperio, el monarca no fue ese hombre fuerte que traería la paz y la estabilidad a la nación; sin olvidar que, al final del imperio, la inclinación de Maximiliano por los conservadores para formar su gabinete hizo que los liberales lo abandonaran.

Pero a pesar de todo esto podemos señalar que Maximiliano dejó elementos que fueron aprovechados al triunfo de la república para ir dando, primero la estabilidad y después el desarrollo al país. En diversos aspectos los aportes de la política seguida por el monarca, en algunos casos, acorde con la política liberal mexicana, permitió dar esa continuidad a los proyectos jurídicos, políticos y educativos desarrollados por los regímenes que le siguieron. Por otra parte, el imperio, como muchos de los gobiernos establecidos en el siglo XIX, llegaron impuestos por la fuerza, en este caso por las armas francesas y, también, como muchos gobiernos sucumbió ante el embate de las fuerzas rivales, las tropas liberales fieles a la república y a su presidente Juárez.

Fuentes consultadas

Archivo:

- Secretaría de Relaciones Exteriores, Archivo Histórico y Diplomático “Genaro Estrada”, LE-82.

Hemerografía:

- Pani, Erika, “¿Ranas pidiendo rey? Un retrato de los imperialistas” en *Relatos e historias en México*, México, Editorial raíces, año 1, Número 8, abril de 2009, pp. 65-75.
- Rivas Gómez, Tomás, “La política eclesiástica en el Segundo Imperio”, en *Boletín del Archivo General de la Nación*, 6° época, número 20, abril – junio de 2008, pp. 114-139.

Bibliografía:

- Arrangoiz, Francisco de Paula de, *México desde 1808 hasta 1867*, México, Editorial Porrúa, 1985. (Sepan Cuantos 82).
- Conte Corti, Egon Caesar, *Maximiliano y Carlota*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- E., Preclin, E., Jorry, “Luchas doctrinales”, en Agustín Fliche y Víctor Martín, *Historia de la Iglesia. De los orígenes a nuestros días*, volumen XXII, España, EDICEP, s/a.
- Galeana, Patricia, *Las relaciones Iglesia-Estado durante el segundo imperio*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.
- García Gutiérrez, Jesús, *La iglesia mejicana en el Segundo Imperio*, México, Editorial Campeador, distribuido por editorial JUS, 1955. (Figuras y episodios de la historia de México).
- García, Genaro *Correspondencia Secreta de los Principales Intervencionistas Mexicanos*, México, Editorial Porrúa, 1972.
- Hamann, Brigitte, *Con Maximiliano en México. El diario del príncipe Carl Kevenhüller 1864-1867*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

- Ratz, Konrad, *Maximiliano de Habsburgo*, México, Planeta, 2002.
- Ratz, Konrad, *Tras las huellas de in desconocido. Nuevos datos y aspectos de Maximiliano de Habsburgo*, prólogo de Patricia Galeana, México, Conaculta, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Siglo XXI editores, 2008.
- Rivas Gómez, Tomás, *El galicanismo, una aproximación*, trabajo inédito, 2005.
- Rogier, L. J., G. Sauvigny y Joseph Hajjar, *Nueva Historia de la Iglesia, de la ilustración a la restauración*, tomo IV, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1984.
- Tafolla Pérez, Rafael, *La Junta de Notables de 1863*, México, Editorial JUS, 1977. (México Heroico 117).
- Valadés, José C., *Maximiliano y Carlota en México, "historia del Segundo Imperio"*, México, Diana, 1976.